

# Homilías Año Nuevo

## + Lectura del santo Evangelio según San Lucas

*En aquel tiempo, los pastores fueron corriendo y encontraron a María y a José y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, les contaron lo que les habían dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que decían los pastores. Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.*

*Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído; todo como les habían dicho.*

*Al cumplirse los ocho días tocaba circuncidar al niño y le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción.*

## Palabra del Señor

### Homilías:

(A)

¡Año nuevo, vida nueva! Slogan repetido hasta la saciedad en estos días. Pero que tristemente, muchas veces, no corresponde a la realidad.

¿No habría que decir, más bien, “año nuevo, vida vieja? Vida un año más vieja, vida un año más sangrada. Y vida nada nueva, nada diferente, nada renovadora.

Seguiremos con las mismas rutinas y manías, con los mismos problemas, con las mismas envidias, enemistades, rencores, repitiendo los mismos errores, tropezando miles de veces en la misma piedra, tan desgastada por el continuo roce...

Hasta las mismas luces y las estrellas de las calles y de los escaparates ¡son siempre los mismos!

¿Cómo vamos a creer de verdad en estas comedias humanas que nos inventamos para engañarnos mutuamente?

¿Vida nueva?

¡Si está usted más vieja, señora!

¡Si tiene usted más barriga, señor!.

La fiesta de Año Nuevo, es una fiesta agridulce, donde el hombre expresa sin saberlo su afán de futuro, su deseo de eternidad, sus esperanzas secretas e inconfesadas... Es una fiesta para soñar...

¡Vida Nueva! ¡Si fuera verdad!...

Esta fiesta, este sueño que el hombre y la mujer elevan a Dios al comienzo del año, es un grito que el Padre escucha y atiende.

Si tiene usted más barriga, pero más corazón;  
si tiene usted más arrugas, pero más amor;  
si tiene usted más años, pero menos egoísmo...  
¡FELIZ AÑO NUEVO!

Si luchas por los demás y piensas seguir haciéndolo;  
si levantas a los que se encuentran caídos a tu lado,  
si escuchas al que necesita explayarse con alguien,  
si visitas al enfermo y al solitario,  
si colaboras para remediar las injusticias;  
si procuras una y mil veces ser bueno y portarte como un hombre o una mujer, aunque muchas veces constates que eres una calamidad;  
si gastas trescientos sesenta y cinco días en ayudar al prójimo en lo que has podido...  
¡FELIZ AÑO NUEVO!

Si miras el año nuevo como algo inédito, lleno de posibilidades irrepetidas e irrepetibles que nunca se han dado, como un paisaje que nunca hemos contemplado, como una tierra virgen aún no conquistada, en el que cada día caerá un rayo nuevo de sol...  
Si sabes andar con capacidad de sorpresa,  
si comprendes de verdad que el hombre nunca es lo mismo, que el corazón no envejece si nosotros no lo entablillamos...

Si te das cuenta de que cada segundo del futuro es un mensaje de Alguien que está más allá del tiempo, desde donde nos llama y hacia donde nos llama, aunque ya lo tenemos aquí cerca del corazón...

¡FELIZ AÑO NUEVO!

Si sientes que el amor y la alegría todavía están vivos en algún rincón de tu conciencia, haciendo felices a los demás... y así siendo feliz tú mismo...

Si crees que Dios es bueno y que nos ama, o al menos te gustaría creerlo,

si crees que el hombre es bueno, en el fondo, o al menos te gustaría creerlo...

¡FELIZ AÑO NUEVO!

Entonces a pesar de las apariencias ¡es usted más joven, señor! ¡Es usted más joven, señora!

Que estos 365 días, que este año escribirás en el libro de tu vida, tengan los colores vivos de la amistad, de la paz y del bienestar.

Que juntos podamos construir un mundo más humano, donde no haya odios, envidias, incomprensión... un mundo donde sólo encontremos solidaridad, comprensión y esperanza.

### (B)

Señor, en medio del bullicio de estas fiestas y al comienzo de un nuevo año, quiero encontrarme contigo despacio y con calma. Son pocas las veces que lo hago. Tú sabes que ya no acierto a rezar. He olvidado aquellas oraciones que me enseñaron de niño y no he aprendido a hablar contigo de otra manera más viva y concreta.

Señor, en realidad, ya no sé muy bien si creo en Ti. Han pasado tantas cosas estos años. Ha cambiado tanto la vida y he envejecido tanto por dentro. Yo quisiera sentirme más vivo y más cercano. Me ayudaría a creer. Pero me resulta todo tan difícil. Y sin embargo, Señor, yo te necesito. A veces me siento muy mal dentro de mí. Van pasando los años y siento el desgaste de la

vida. Por fuera todo parece funcionar bien: el trabajo, la familia, los hijos. Cualquiera me envidiaría. Pero yo no me siento bien. Ya ha pasado un año más. Esta noche hemos comenzado un nuevo año, pero yo sé que todo seguirá igual. Los mismos problemas, las mismas preocupaciones, los mismos trabajos. Y así, ¿hasta cuándo?

Cuánto desearía poder renovar mi vida desde dentro. Encontrar en mí una alegría nueva, una fuerza diferente para vivir cada día.

Cambiar, ser mejor conmigo mismo y con todos.

Pero a mi edad no se pueden esperar grandes cambios. Estoy ya demasiado acostumbrado a un estilo de vida. Ni yo mismo creo demasiado en mi transformación.

Por otra parte, Tú sabes cómo me dejas arrastrar por la agitación de cada día. Tal vez por eso no me encuentro casi nunca contigo. Tú estás dentro de mí y yo ando casi siempre fuera de mí mismo. Tú estás conmigo y yo ando perdido en mil cosas.

Si al menos te sintiera como mi mejor Amigo. A veces pienso que eso lo cambiaría todo. Qué alegría si yo no te tuviera esa especie de temor que no sé de donde brota pero que me distancia tanto de Ti.

Señor, graba bien en mi corazón que Tú hacia mí sólo puedes sentir amor y ternura. Recuérdame desde dentro que Tú me aceptas tal como soy, con mi mediocridad y mi pecado, y que me quieres incluso aunque no cambie.

Señor, se me va pasando la vida y, a veces, pienso que mi gran pecado es no terminar de creer en Ti y en tu amor. Por eso, este día yo no te pido cosas. Sólo que despiertes mi fe lo suficiente para creer que Tú estás siempre cerca y me acompañas.

Que a lo largo de este nuevo año no me aleje mucho de Ti. Que sepa encontrarte en mis sufrimientos y mis alegrías. Entonces tal vez cambiaré y será un año nuevo.

(C)

Hay una cosa de la que ya estoy seguro: que sólo salvaré mi vida amando; que los únicos trozos de mi vida que habrán estado verdaderamente vivos serán aquellos que invertí en querer y ayudar a alguien. ¡Y he tardado cincuenta y tantos años en

descubrirlo! Durante mucho tiempo pensé que mi «fruto» sería dejar muchas melodías escritas, conferencias dadas, algún premio conseguido... Escribir cosas interesantes... Ahora sé que mis únicas líneas dignas de contar o mis mejores palabras fueron las que sirvieron a alguien para algo, para ser feliz, para entender mejor el mundo, para enfrentar la vida con más coraje. Al fin de tantas vueltas y revueltas, termino comprendiendo lo que ya sabía cuando aún apenas si sabía andar.

Dejadme que os lo cuente: si retrocedo en mis recuerdos y busco el más antiguo de toda mi vida, me veo a mí mismo -¿con dos años o con tres?- corriendo por mi casa de niño. Era una casa soleada. Y me veo a mí mismo corriendo por ella y arrastrando mi manta, con la que tropezaba y sobre la que me caía. «¡Manta, mamá, manta!», dicen que decía. Y es que cuando mi madre estaba enferma y el crío que yo era pensaba que todas las enfermedades se curan arrojando al enfermo. Y allí estaba yo, casi sin saber andar, arrastrando aquella manta absolutamente inútil e innecesaria, pero intuyendo, quizá, que la ayuda que prestamos al prójimo no vale por la utilidad que presta, sino por el corazón que ponemos al hacerlo.

Me pregunto desde entonces si tal vez nuestro oficio de hombres y mujeres no será, en rigor, otro que el de arrojarnos los unos a los otros frente al frío del tiempo y de la vida.

Desde entonces hay algo que me asombra: por qué queremos mucho más a los muertos que a los VIVOS. Cuando voy a los entierros me pregunto siempre por qué quienes acompañan ese día al muerto no tuvieron parecido interés en acompañarle cuando vivía, por qué ahora les parece mucho mejor que antes, o, al menos, por qué sólo ahora le elogian. ¿Son hipócritas? ¿O es que sólo descubrimos el amor cuando viene acompañado del dolor? Recuerdo cuánto me impresionó hace años una frase leída en un libro de J. M. Cabodevilla, que se preguntaba: «¿Por qué el amor no hace a los hombres dichosos, pero su privación los hace desdichados? ¿Por qué la ausencia de la persona amada les hace sufrir más de lo que su presencia les hacía gozar?

Es cierto: los hombres y las mujeres descubrimos lo que vale el amor cuando nos falta, lo mismo que nos enteramos de que tenemos páncreas cuando nos duele. Mientras vivimos llevamos

el amor en el alma sin paladearlo y vamos dejando que poco a poco se convierta en tedio. Con lo cual sufrimos dos derrotas: no somos felices y dejamos que el amor se nos destiña.

Y así es como el mundo se va llenando de solitarios, convirtiéndose en una monstruosa concentración de soledades. Por eso, en rigor, no hay más que una pregunta que deberíamos formularnos cada noche de este nuevo año que se nos regala: ¿A quién he amado hoy? ¿A quién he ayudado? Sabiendo que, si la respuesta es negativa, ese habrá sido un día perdido.

(D)

## **ALGO MÁS QUE BUENOS DESEOS**

¡Feliz año nuevo! hemos deseado y nos han deseado. Pero, como queremos a los que hemos felicitado, esta felicitación no puede reducirse a un simple buen deseo, sino que ha de traducirse en un buen compromiso. Es positivo saber que el otro quiere que yo viva un año feliz. Pero con los solos deseos del amigo, de la familia o del compañero no van a llegar la felicidad ni el éxito. Es oportuno evocar a este respecto el pensamiento de Santiago en lo que se refiere a la ayuda al indigente. "Si llama a tu puerta un hombre harapiento, tiritando de frío y con el estómago vacío, tendiendo su mano suplicante, y tú le dices: 'Se me parte el alma verte así, ¡procura buscarte algo de comer y algo con que defenderte del frío y un lugar donde cobijarte', ¿de qué le serviría que le dieras sólo palabras de aliento? ¿No serían, acaso, un sarcasmo?" (St 2,14-16).

¿De qué serviría decir a las personas que están a mi lado: ¡Te deseo un año muy feliz! si, muchas veces soy yo la causa de muchos de sus sufrimientos, si pudiendo darles una mano para alentarles o proporcionarles paz, no lo hago? ¿No es esto una especie de mofa?

El gran regalo que hemos de hacernos unos a otros al comienzo del año no ha de reducirse a desearnos un año próspero y feliz, sino que ha de consistir en comprometernos a hacernos

mutuamente felices, siendo fieles y solidarios los unos con los otros a lo largo de los 365 días del periodo que iniciamos.

Qué oportuno, prometedor y confortador resultaría que nos preguntáramos mutuamente:

"¿Qué es lo que hay en mi vida que molesta o resta felicidad a los demás? ¿Qué es lo que en mi vida crea tensiones, conflictos, agresividades? Mi carácter, mi egoísmo, mi intolerancia.... ¿Qué impide la armonía, la paz y la alegría a mi alrededor? ¿Qué es lo que hay en mi vida, en mis actitudes, en mis palabras, que resulta alentador, que ayuda a los demás a ser felices, que proporciona paz y ayuda, para potenciarlo durante el año que iniciamos? ¿Qué podría hacer de positivo que no hago para convertirlo en compromiso? Esto sí que ayudaría a que ese gran saco de semillas que es el año que hemos comenzado se convierta en una gran cosecha...

## **LA VIDA ES DEMASIADO BREVE**

Lo mismo hay que decir de la paz. Estamos en el día de la paz. Y hay que afirmar que sólo tenemos paz cuando la promovemos. ¡Qué regalo tan grande es la persona que promueve la paz, que es instrumento de paz! Con respecto a ella se puede afirmar lo que San Juan de la Cruz decía del amor: Regala paz y cosecharás paz.

San Agustín, en las *Confesiones*, presenta a su madre como modelo de mujer pacificadora. Cuenta que "cuando venía con chismes y divisaba hogueras de odio, ella las apagaba hablando a unos de otros, disculpando, interpretando benévolamente los hechos, las palabras, los gestos". Era como un bloque de arena donde se estrellaba la metralla enemiga de las críticas y de las murmuraciones. ¡Qué tarea tan grandiosa la del reconciliador! ¡Qué falta nos haría aquí este tipo de mujeres! ¡Qué tarea tan diabólica la del disgregador que destruye la obra de Cristo, que vino a "congregar a los hijos de Dios dispersos" (Jn 11 ,52).

Nos da pena ver una fortuna terrena dilapidada, pero es mucho peor dilapidar el tiempo, porque es malgastar una fortuna eterna. ¡Con las inversiones tan buenas que se pueden hacer...!

Al final de la vida sólo tendremos el tiempo que hemos vivido para amar, para servir, para crecer, para sembrar paz y felicidad... sólo tendremos la cosecha de las semillas de bien.

El Señor nos regala 365 sacos de semillas. Es preciso sembrarlas todas. Del sol y la lluvia ya se encarga Él. No podemos olvidar jamás la afirmación categórica de Disraeli: *La vida es demasiado breve para ser mezquina o para perderla de forma tonta...*

**P. Juan Jáuregui Castelo**